



¿Cómo enfrentará el Estado cubano el abandono en que lo dejan sus aliados, más por necesidad, según parece, que por libre decisión? ¿Cómo substituir, específicamente, la ayuda cubana que se traducía en bienes indispensables para mantener la estricta sobrevivencia de la sociedad cubana, como el petróleo o el trigo? ¿Con qué recursos se podría continuar la política exterior de gran potencia -presencia del Estado cubano en otras sociedades, aún más desvalidas, como Angola o Nicaragua?

A estas preguntas, que cualquier amigo de la Revolución Cubana se hace, porque son las que vienen de la solidaridad, del elemental anhelo de que la construcción del socialismo en un sólo país latinoamericano pueda seguir dándose; a estas preguntas -que indagan sólo sobre base material de la construcción del socialismo- se suman otras, muchas otras que si tienen que ver con la ideología y, precisamente, con la posición que habrá de asumir Cuba ante la debacle de lo que fue hasta ahora la ideología ejemplar, la vulgata marxista-leninista? ¿Qué posición habrá de asumir Cuba ante lo que se ha revelado las insuperables consecuencias trágicas del voluntarismo, de la decisión de imponer a los pueblos una política decidida por minúsculas camarillas, por legitimadas que se autoconsideren?

A estas preguntas, que no se necesita ser Fidel Castro para captar que están en el ambiente, Armando Hart respondió como un embajador del más allá, como un enviado de ultratumba. Se dedicó a exhumar toda clase de venerados muertos, desde Bolívar y Martí hasta el Ché Guevara, pasando naturalmente por Carlos Marx y Federico Engels. Confesó, sin rubor, que encontraba la explicación de cuanto sucedía en Europa leyendo los postulados más genéricos del Manifiesto Comunista. Recomendó que utilizáramos los escritos

del Ché para entender a Solidaridad, la Perestroika, el fin de Ceaucescu y del llamado Partido Comunista Rumano.

Y con estas monsergas, Armando Hart arrancó aplausos, muchos aplausos. No es para asombrarse: estamos posiblemente ante una de las últimas misas políticas que se ofician en tan vasto auditorium. El público asiste allí para cumplir un rito y así como, en un momento dado, se levanta o se arrodilla al escuchar alguna campanita o percibir algún gesto del oficiante, así se aplaude o se abuchea, según se oiga el nombre de Marx o el de Reagan.

Pero más allá del ritual queda, para los que con alguna esperanza escuchaban, el dolor y la angustia: qué poca lucidez, responsabilidad e imaginación mostró Hart para hablar de un momento en que sólo esa tres cosas pueden salvar lo que hay de salvable en la revolución cubana.

Y lo decimos bien, lo que hay de salvable, no por el recuerdo de lo que representó el pesimismo, hay millares de hombres en todos los lugares, pero sobre todo aquí en América, que vinculan su destino con el de la revolución cubana. Y lo decimos también porque tenemos presente el esfuerzo extremo que a lo largo de treinta años ha sostenido la Revolución cubana para manifestar su solidaridad con quienes, en cualquier lugar, la han requerido.